



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1880

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Redacción y Administración, Mayor 24

CONDICIONES

SABADO 28 DE NOVIEMBRE DE 1903

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. —Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡Parece mentira!

Si quedase duda de que no es ejemplar la última pena se desvanecería ahora. Se está viendo actualmente en una ciudad extremeña una causa formada con motivo de un crimen horrible. Tres hombres que no parecen nacidos en el seno de una sociedad civilizada, sino entre las tribus más salvajes, ocupan el banquillo de los acusados y se ciernen sobre sus cabezas la acusación más formidable que ha pesado nunca sobre un ser criminal. El representante de la vindicta pública los señala al jurado como responsables de graves delitos; el acusador privado lanza sobre sus frentes terribles anatemas; el pueblo en que nacieron los jueces reos de muerte y ésta les ronda amenazante esperando que se pronuncie el veredicto y dicte fallo el tribunal sentenciador.

El cuadro es espantoso y está tan recargado de sombras como el que dibujaron á punta de cuchillo los siniestros autores que hace un año arrastraron la vida á dos pobres mujeres, llenando de horror al vecindario de la ciudad de Don Benito y luego á España entera.

No hay exageración en esto; puede asegurarse que desde el Pirineo á las costas andaluzas y desde las costas valencianas hasta la frontera portuguesa, no hay un español indiferente al drama judicial que se está representando en Don Benito y que por circunstancias especiales que concurren en los delinquentes y por virtud del hecho mismo origen de la causa, se desarrola ante un jurado enorme,—

la ciudad,—que tiene á su alrededor otro mas grande: la nación.

Lo que allí sucede lo recoge el telégrafo y lo dice á la prensa. Y en el palacio, en la cabaña, en la morada del burgués, sobre la mesa del gabinete de lectura de la sociedad de recreo, en el café y en la taberna, se encuentra el periódico que bajo el epígrafe «El crimen de Don Benito» estampado en grandes caracteres, da cuenta de como se van acumulando elementos que llegarán á destruir la vida de tres hombres.

leyendo esos relatos se siente gran temor; pero lo sienten los hombres honrados, los incapaces de explotar el crimen para la realización de sus caprichos, los que tienen horror á toda delincuencia y considerarían una desventura conocer al juez en funciones de tal.

Los verdaderamente criminales, no; esos no se asustan ni toman en cuenta los sucesos. Obedeciendo á sus instintos, se lanzan por los caminos peligrosos como si el código penal no existiera, como si no estuviera hoy abierto por una página terrible, por la que cuadra al crimen realizado en la ciudad extremeña por los reos que ocupan el banquillo.

No escribimos las presentes líneas por piedad á aquellos. Nos inspiran tanta las pobres mujeres que perdieron la vida á sus manos; sentimos una lástima tan honda por la madre infeliz que espiró pensando en lo que sería de su hija y nos inspira tanta compasión el fin horroroso de esta joven virtuosa, que no nos queda nada para sus verdugos.

Si decimos que no es ejemplar la última pena y lo afirmamos, es porque hay dos ejemplos recientes

que abonan esta opinión nuestra. Los dos han ocurrido en Barcelona. En el uno figura como autor un hijo que la emprende á estocadas con toda su familia sin excluir á su padre y su madre. En el otro figura un marido que mata á su mujer sepultándola en el domicilio conyugal.

Si esto ocurre cuando España esta envuelta en la atmósfera de horror que se desprende de la causa que se está viendo en Don Benito; cuando casi se escucha el estremado de los jueces populares; cuando casi se adivina al verdugo y el golpe del martillo levantando el labiado ¿dónde está la ejemplaridad de la pena terrible?

TIJERETAZOS

Un periódico catalán se lamenta de que no haga nada el gobierno para librar de un golpe que amenaza á la industria aceituna andaluza.

Refiérese el colega á un proyecto que se está preparando en Portugal, que cerrará la puerta á unos seis millones de kilos de aceites que llevamos á dicha nación cada un año.

Supone el compañero nuestra queja á la suya, pero no fantasea.

¿Que el gobierno se descuida y descuida algunas cosas de que debía cuidarse?

Es mucha verdad. Pero no lo es que seis millones de kilos de aceite valgan ciento cuarenta millones de pesetas.

¿Lo dejamos en siete?

Aun así es un poco carillo.

Pero ¡qué diantre! nosotros no lo hemos de pagar.

Leemos:

«El marqués de la Vega de Armijo se encuentra tan mejorado, que es probable pueda el lunes reanudar sus habituales ocupaciones parlamentarias.»
Eso era de oír.

Pasó el ataque de jefatura y ya está el hombre la mar de bien.
Lo esperábamos.

Dicon de Barcelona:

«Los vecinos de la barriada de Monjuich han acordado solicitar de las autoridades militar y gubernativa autorización para armarse en somaten á fin de defenderse de la gente maleante que pulula por aquella barriada.»

¿Cómo andará por allí la policía?

Sin duda no andará, que si anduviera no necesitarían los vecinos armarse para defenderse.

Lo que debe hacer si se los da el permiso para que se defiendan por su cuenta y riesgo, es pedir que les devuelvan la que hayan pagado para policía.

Porque es muy justo que si le sustituyen en el deber la sustituyan también en el cobrar.

Leemos:

«Decididamente al Ayuntamiento de Madrid se le concederán un par de milloncillos en concepto de capitalidad.»

¡Ya lo creo!

Y los tomará el municipio, por aquello de que en el tomar no hay engaño.

Lo sensible es que esos dos millones que han de servir como remedio á la crisis obrera, salgan de otros pueblos que disfrutan también de esa crisis sin que nadie les tienda la mano para conjurarla.

CURIOSIDADES

La colección de tapices del Sultán de Turquía

Es probable y aún casi seguro, que no haya en el mundo quien tenga una colección de tapices y de alfombras tan grande como el sultán de Turquía. En la cámara, donde el soberano recibe en audiencia, hay una alfombra de 340.000 pesetas, teniendo además ejemplares de todas las partes del mundo.

El tapiz de más precio lo posee el maharajah de Baroda. Costó 1.360.000 pesetas, y está adornado con hileras de perlas y diamantes.

Máquinas para hacer tachuelas

En 1606 se concedió patente de invención á una máquina para hacer tachuelas; pero no entró en uso hasta casi la mitad del siglo pasado. Ahora se consumen diariamente en el mundo cinco millones de tachuelas.

Bandadas de cuervos

En el Norte del Japón es corriente ver pasar, sobre todo á las horas de comer, por encima de las chozas de los niños, á bandadas de cuervos, á los cuales dan de comer los indígenas por considerarlos animales sagrados, según una antigua tradición.

El mejor órgano de Europa

El órgano de la colegiata de San Nicolás de Friburgo (Suiza) está considerado como el mejor de Europa. Fué construido por Aloys Moser, y ningún constructor ha podido descubrir el secreto de que se valió para producir una imitación tan maravillosa de la voz humana. Tiene 64 registros y 7.800 flautas, y hoy día se toca á ciertas horas para que los viajeros puedan oírlo mediante el pago de un franco por persona.

El impuesto sobre la barba

Reinando Isabel de Inglaterra, tenía que pagar veinte reales de impuesto en Inglaterra todos los individuos que llevaban barba durante quince días.

Pedro el Grande, en 1705, estableció un impuesto de 100 rublos sobre las barbas de todos los nobles de Rusia.

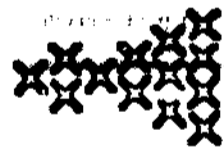
La gente pobre pagaba por el mismo concepto un kopeque, moneda equivalente á unos cuantos céntimos.

El impuesto fué confirmado por Catalina en 1726; por Pedro II, en 1728; por la emperatriz Ana, en 1731, y por la emperatriz Isabel en 1743; Catalina II lo abolió.

También en Francia hubo durante algún tiempo impuestos sobre la barba; pero de los sacerdotes.

El célebre Duprat, gran canciller, fué el que lo aconsejó, y el Papa publicó una bula mandando que todos los clérigos se afeitasen, ó que de lo contrario pagasen una contribución.

Los obispos y otros curas de buena posición se apresuraron á pagar el impuesto,



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C. A



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 41

Bartell acarició con la mano al noble animal que frotó su hermosa cabeza en el hombro de su dueño, que se apresuró á ensillarle.
La tempestad había cesado completamente. El sol atravesando la densa niebla que cubre la tierra al amanecer empezaba á dejar sentir su benéfico calor.
Henrique montó y partió al galope en dirección de Sheergotty donde estaba de guarnición hacia algunos meses su escuadrón.

LOS BANDIDOS INDIOS 40

—Despertad á los «bearers» y volvamos al camino.
—¡Ya! murmuró el jennadar que hubiera querido mejor esperar la salida del sol.
—Es necesario que llegue á Rheergotty antes que este jóven oficial, dijo la jóven; apresuraos y haced el menor ruido posible.
Ramgawith despertó á sus compañeros que se pusieron á hacer los preparativos de la marcha.
A pesar de las idas y venidas y del alboroto de los indios Bartoll fatigado por la oza el camino y la lluvia dormía tan profundamente que no se despertó.
En el momento de dejar la tienda para subir al palanquin la jóven echó una última mirada al dormido.
—Todo está dispuesto, señora, la dijo al fin el jennadar que la veía sumida en su muda contemplación.
Ella se estremeció como una persona bruscamente repetida á la vida real y subió al palanquin.
Apenas los rayos del sol penetrando por la puerta de la pagoda despertaron á sir Bartoll se apercebó con sorpresa de que estaba solo. Sin el fuego que aun brillaba hubiera creído que había sido juguete de un ensueño.
Corrió á su caballo que relinchó al reconocerle.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 37

Así es que no se cuidó mas que de secar sus vestidos á la hoguera que acababan de encender.
—El señor ha perdido su «syo» (palafrero)? preguntó Rauhawth.
—Me dejó en el momento de entrar en las junqueras se habrá refugiado en alguna choza pero el bribon pagará su pereza y cobardía.
Al terminar estas palabras Bartoll se embogó en su capa todavía humeante y se echó en el suelo á algunos pasos de la hoguera.
Al cabo de algunos minutos una pequeña y blanca mano abrió con precaución los lienzos de la tienda; después la angelical cabeza de la jóven mostró sus hermosos cabellos rubios y sus grandes ojos azules.
Aprovechando la luz de la hoguera proyectada sobre Bartoll la desconocida le contemplaba dormido.
Este era jóven de veintidos á veintitres años, aunque á primera vista parecía tener diez y ocho ó veinte, por sus delicadas facciones, su color sonrosado y su bigote fino y sedoso.
Era alto y bien formado, un poco inclinado pero por efecto de su elevada estatura.
Con unas apariencias casi afeminadas, y á pesar de la exquisita dulzura de sus ojos de un azul oscuro